

Iglesia "in progress"

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 132 -3 de mayo 2019



Llamados a estar en las "grietas" de las personas

Esta última Semana Santa estuvo marcada por algunos hechos significativos. El incendio de la catedral Notre-Dame de París el Lunes Santo. A través de las pantallas del mundo entero hemos sido testigos impotentes ante las llamas que consumían este monumento. Creyentes y no creyentes afectados por la destrucción de este edificio-símbolo no solo de grandes acontecimientos de la historia de Francia y de Europa, de lo que representa como enclave artístico y urbanístico en el corazón de la ciudad, sino también de la Iglesia misma. Es como si paradójicamente mientras asistíamos al incendio, descubriéramos que el edificio, sus piedras vivas, tiene que ver, de algún modo con nosotros, con nuestra historia, con nuestra fe, con los hitos de referencia de la ciudad. También este hecho ha suscitado generosidad en recursos de personas y en dinero para iniciar cuanto antes su reconstrucción... que se espera finalice en cinco años. Me pregunto si el incendio de esta catedral no ha mostrado algo esencial de la Iglesia, que es a la vez, una obra inconclusa – en espera del Señor– y, por lo tanto, siempre "in fieri" o un trabajo "in progress" para ir al encuentro del Señor. Eso definiría entonces nuestro modo de ser Iglesia que es la de ser no solo "constructores" de amplio respiro y de obras de largo plazo de lo que Notre-Dame es un ejemplo emblemático, sino sobre todo "reparadores" que colaboran con Jesús, que lleva adelante su obra. En esta óptica de la reparación, una Iglesia siniestrada recuerda que sus miembros estamos llamados a estar en las "fracturas" de la sociedad y en las "grietas" de las personas. Y que los materiales preciosos con los que reparamos la Iglesia son los "escombros", "los desechos" o "las ruinas". Así nos lo recuerda Jesús, la piedra

descartada por los arquitectos precipitados y que se ha convertido, tras su muerte y resurrección, en la piedra angular. ¿Dónde están hoy esas piedras vivas pero desechadas, descartadas que en las manos de pacientes reparadores con Jesús las conviertes en piedras preciosas y sólidas? La vocación de grandes santos como **Francisco de Asís** surge y madura cuando el Señor lo llamó desde una Iglesia en ruinas. Nunca Francisco habría imaginado que al responder con generosidad y audacia a esta llamada contribuiría no solo a reformar la Iglesia de su tiempo, sino también a enriquecer la humanidad cuidando de los más pequeños y pobres y además de la creación.

“Estamos llamados a estar en las ‘fracturas’ de la sociedad y en las ‘grietas’ de las personas”

La Pasión se prolonga hasta el final de la historia

El Domingo de Resurrección, fiesta del Señor Resucitado se vio ensangrentado por los atentados a tres iglesias en Sri Lanka. Simultáneamente se produjeron tres atentados a hoteles de lujo, en un lugar de destinación privilegiado. Más de 350 muertos. Creyentes y turistas, tocados por la barbarie humana. Un hecho sangriento que reviste de una cruda actualidad lo que celebramos en la resurrección de Jesús. Jesús, la paz entre los pueblos, la realiza en su propio cuerpo, el de la Cruz y su Cuerpo peregrinante en la historia, la Iglesia. El Señor muerto y resucitado, los miembros de su Cuerpo en la Iglesia, bajan a las oscuridades y a los infiernos que tenazmente producimos a través de la intolerancia religiosa, el odio racial, la injusticia social. Las llagas que el Cristo resucitado muestra a sus discípulos nos recuerdan que su Pasión se prolonga en sus miembros hasta el final de la historia. La creación del Hombre Nuevo en Jesús se realiza en su carne, “dando en sí mismo muerte a la hostilidad” (Ef 2,16). La colaboración al advenimiento de ese Hombre Nuevo, se hace siguiendo las huellas valientes del Señor Jesús que ha llevado adelante su obra de reparación “en la pobreza y la persecución” (LG 8). Su capacidad de hacerse próximo y vulnerable a las distintas formas de violencia, conlleva para sus discípulos hacernos especialmente lúcidos de los móviles que las desencadenan en la sociedad y también en nuestro propio corazón. Su victoria a través de la muerte, hace que los esfuerzos por la paz, las vidas sacrificadas y aquellas ofrecidas, no sean una pasión inútil ni estéril. En nuestra confesión de nuestra fe en el *credo*, cuando proclamamos la fe en la Iglesia: ¿No sería también una nota el ser una Iglesia vulnerable, martirizada como expresión de fidelidad al Señor “pobre y paciente”?

Nos reconocemos caminando juntos

A otra escala, durante esta Semana Santa pude colaborar en una parroquia en Calabria (en el sur de Italia). Puede una vez más admirar la fe de la gente que se pone en camino durante estos días santos. Destaco el *Vía Crucis* que recorrió casi todo el pueblo. Lo presidían la imagen del Cristo yacente llevado en un ataúd transparente y seguido por su Madre. Lo seguían soldados romanos, mujeres vestidas de negro, discípulos y discípulas, ángeles que escoltaban al Cristo. Muchas personas contemplando al Cristo muerto y a su Madre, estaban conmovidas hasta las lágrimas. La banda acompañaba la marcha de la procesión con una música dirigida “Al padre mío”. Ancianos, jóvenes, papás con niños en

brazos o en coches formaban parte de la procesión. Otros se agolpaban de los balcones o salían del bar a seguir por un momento la procesión. Las personas ancianas que ya no pueden salir de sus casas saludaban el paso de la procesión, desde sus ventanas, con la señal de la cruz. También personas diversamente hábiles que yo no había visto antes entonces se unían a la procesión. Todos podíamos asociarnos a este camino de la cruz. Siguiendo al Cristo yacente o a su Madre dolorosa, cada uno cargaba su cruz: la enfermedad, el desempleo, los conflictos familiares, la soledad, la violencia, la falta de perspectivas de futuro, etc. La procesión iba también por dentro de cada uno. Allí se manifestaba una vez más una nota esencial de la Iglesia, donde todos caben y en la que todos son importantes, nos reconocemos caminando juntos, sabiendo que el Señor y su Madre están con nosotros y son como uno de nosotros.

Damián, un hondo sentido de Iglesia

En este mes de mayo celebramos a nuestro hermano el **Padre Damián**. Releyendo la integralidad de sus cartas por ahora traducida solo al inglés, podemos apreciar que Damián respiraba un hondo sentido de la Iglesia. Para él la Iglesia es Cristo Hoy. No solo en el Señor presente en el tabernáculo de sus capillas, sino también en los cuerpos lacerados de los leprosos. En esta visión todo cobra un sentido transfigurado a la luz de la resurrección: las donaciones en dinero y las oraciones, los clavos y los materiales para la construcción de capillas y de hospitales, los instrumentos de música para acompañar la liturgia y la recreación, las voces que se unen en la oración y en el canto, los vestidos y las medicinas para cuidar los cuerpos heridos, la linterna mágica para poner colores en la vida de los niños, las herramientas para hacer las ventanas y los ataúdes. En fidelidad al Señor Jesús, amó a los leprosos de Molokai compartiendo con ellos su vida, reparando sus dolores causados por el alejamiento y el destierro, cargando sobre sí la cruz de la enfermedad y de la muerte. Haciendo esto, no pedía otra cosa que oraciones para no desfallecer en el seguimiento de Jesús, cargando su cruz en su Gólgota especial de Molokai. Como Jesús

“Como Jesús pastor, su alegría era la de saberse cada vez más unido a su rebaño, sirviéndolo hasta el final”

pastor, su alegría era la de saberse cada vez más unido a su rebaño, sirviéndolo hasta el final. La última carta de Damián, del 15 de marzo de 1889, dirigida a **Ambrose Hutchison** (1859-1932) superintendente residente en Kalaupapa desde 1879, es para pedirle un ataúd para Naheluna, un anciano leproso que había muerto esa misma noche.

Que Damián interceda por nosotros para amar y servir al Cuerpo de Cristo en sus miembros más preciosos, los más pobres y vulnerables, hasta el último respiro de nuestra vida.

Alberto Toutin ssc
Superior General